

¡Kachkaniraqmi!

Quienes investigan nuestras tradiciones culturales suelen encontrarse con individuos trabajando amorosa y persistentemente en contextos adversos, precarios e ingratos. “Ingratitud” es una palabra recurrente cuando pensamos en cómo vive la mayoría de artistas peruanos y entonces “oportunismo” viene a nosotros si recordamos escenas de autoridades acudiendo a entierros de personalidades por quienes nada hicieron mientras vivían. En un país con tantas deudas pendientes con su sector cultural, los homenajes póstumos son una ofensa si los homenajeados (sobre)vivieron recurriendo a colectas para crear o pagar sus cuentas de hospital.

Por eso se agradece la aparición de *Sigo siendo*, documental de Javier Corcuera ganador del último Festival de Cine de Lima, que nos muestra “los mundos del Perú a través de sus músicos”. Paisajes de Ayacucho, Pucallpa y Chíncha permiten lucirse a figuras mayores del siglo XX y a otras que aparecen renovando un legado que está ahí, esperando ser difundido, analizado, transformado.

Vemos a Rosa desapareciendo entre las aguas y el cine vibra al transmitir por primera vez el idioma shipibo por sus parlantes. Vemos a Palomita, desafiando convenciones al bautizarse como danzante de tijeras a pesar de ser mujer. Vemos a Máximo Damián regresando a la tierra de Arguedas, quien tendió puentes entre la costa y la sierra, el quechua y el castellano, los músicos y sus nuevos públicos. También vemos a Felix Quispe: arpista y conductor de bus, a Andrés Lares: violinista y heladero, a Florian Ramos: violinista y dueño de una bodega cuya trastienda en un pequeño museo hecho por él.

Disfrutamos viendo a muchos otros y otras pero lamentamos que Carlos Hayre y Félix Casaverde no hayan podido ver su reconocimiento en pantalla gigante, pues ambos murieron en el lapso que tardó realizar la película. Es decir, lo que demoró conseguir el capital suficiente entre inversionistas que se atrevieran a apostar sin éxito comercial garantizado.

Finalmente, *Sigo siendo* llegó a carteleras y sus protagonistas podrán ser más (re)conocidos, con lo que cumple una función vital en un contexto que no entiende la trascendencia de lo cultural para los diálogos y entendimientos pendientes como país. Su propuesta no pretende revolucionar el lenguaje cinematográfico, pero sus alcances en otros sentidos la hacen imprescindible si creemos necesario el acceso a los medios masivos de las variadas formas de representación y creación existentes. Así como es necesario destacar y recompensar a quienes dan forma y contenido a tradiciones que celebramos superficialmente para satisfacer un nacionalismo muy en boga que no tiene consecuencias directas para los creadores.

Esta película merece aplaudirse de pie, como sucedió en su estreno, y sin embargo, que sensación áspera tuve al salir y ubicarme en el año 2013. ¡Cuántas creaciones equivalentes deben haber ayudado a fortalecer imaginarios compartidos en los países vecinos desde hace tiempo! Y es que si bien Corcuera, como dice, ha pagado por fin una deuda que tenía con el Perú, a nuestra sociedad (empezando por el Estado) le falta muchísimo por pagar en el campo cultural. Mientras tanto, desconocemos la capacidad de la nueva Ministra de Cultura, quien pasado un mes, no nombra aún Viceministro de Interculturalidad, reconfirmando el sector como piedra en el zapato de un gabinete a la medida de

Castilla. Lo celebrado por la película: la diversidad cultural y la naturaleza como posibilitadora de vida y creación, son justamente las cuestiones medulares que el gobierno no afronta de forma compleja.

Así, frente a un contexto que insiste en hacernos pensar “ya fuimos”, agradecemos a quienes encuentran fortaleza y creatividad para ayudarnos a actuar de acuerdo a la convicción de que a pesar de todo, seguiremos siendo.